

abandonó el cadáver. A ponerse á su lado corrió, y con el escudo le cubrió en derredor; pero llegaron dos de sus camaradas, Mecisteo y Alastor, y tomándole en sus hombros, dolorosos gemidos exhalaban, y á las naves aqueas le llevaron.

En tanto, no aflojó de Idomeneo el gran valor; que procuraba siempre de tenebrosa noche algun Troyano con el velo cubrir, ó sobre el polvo caer él mismo; y con fragor la tierra estremecer, de su total ruina librando á los Aquivos. Un magnate hubo en Troya, nacido de Esiétes y Alcatoo llamado; y era yerno de Anquises, pues tenía por esposa la mayor de sus hijas, Hipodamia, y entre todas tambien la más querida de sus ancianos padres, porque á todas las de su edad aventajaba mucho en hermosura, y en labor de manos, y en talento; y así la pretendiera para esposa el baron más distinguido que entónces hubo en la ciudad de Troya. Y este fué á quien Neptuno por la mano mató de Idomeneo, y sus dos ojos cubrió de oscuridad, y en duros grillos ató sus miembros, porque atrás volverse no pudiera, y tampoco adelantarse. Inmóvil así, cual si columna fuera ó árbol frondoso, con su aguda lanza en medio el corazon Idomeneo le hirió, rompiendo la coraza fuerte de bronce con que el pecho se cubriera para librarse de mortales tiros, y entónces ronca resonó rompida por la robusta lanza, y el Troyano cayó en el suelo, y retembló la tierra. Y como estaba el acerado hierro fijo en el corazon, con sus latidos del asta el regaton se estremecía; pero despues el hierro poderoso toda fuerza perdió, é Idomeneo, con la victoria ufano, á Deífobo así decia en orgullosas voces:

«Deífobo! pues que vano te jactabas  
»de haber muerto á un Aquivo, ¿no podremos  
»con más razon nosotros gloriarnos  
»por haber dado muerte á tres caudillos

»en lugar de uno solo? Y tú, valiente,  
»¿por qué conmigo á combatir no llegas?  
»Ya verías quién es de Jove el nieto  
»que á Troya vino á pelear; pues Jove  
»el padre fué de Mínos, que de Creta  
»ha sido el fundador; y Mínos tuvo  
»al afamado Deucalion por hijo,  
»y de este yo nací, y en la ancha Creta  
»impero sobre gentes numerosas;  
»y á esta playa mis naves me trajeron  
»para ser el azote de tu padre,  
»de tí mismo, y de todos los Troyanos.»

Así dijo el Cretense, y Deífobo entre dos pensamientos fluctuaba: si á los otros valientes campeones de Troya en su defensa llamaria retirándose; ó solo, y cuerpo á cuerpo con el ardido Rey de los Cretenses la suerte probaria de las armas; y al fin le pareció más acertado ir en busca de Enéas. Y al extremo pronto le halló del escuadron, y ocioso; porque siempre vivia resentido del Rey Príamo, al ver que no le honraba, siendo él tan esforzado y valeroso; y así le dijo en agitadas voces:

«Enéas, claro Príncipe de Troya!  
»si algo puede contigo el parentesco,  
»llegada es la ocasion en que defiendas  
»de un cuñado el cadáver. Tú me sigue,  
»y de Alcatoo la muerte vengaremos.  
»Es de tu hermana esposo, y educado  
»por él has sido. El Rey de los Cretenses,  
»Idomeneo, de matarle acaba.»

Así dijo, y su cólera en el pecho Enéas avivó: y á la pelea deseando volver, marchó animoso á buscar al valiente Idomeneo. Más no el temor se apoderó del héroe cual si fuera un rapaz, sino que firme á los dos esperó. Como en el monte, haciendo ostentacion de su bravura, espera el jabalí de los mancebos el hórrido tumulto, y no abandona el matorral aunque se encuentre solo; y en el lomo las cerdas erizadas, brillan sus ojos en ardiente fuego, aguza los colmillos, é impaciente está por rechazar la acometida de los perros y fuertes cazadores;

así esperó el ardido Idomeneo al Troyano, que en rápida carrera hácia él venía; pero en altas voces llamaba en su socorro á los amigos. Y fijando la vista en Afareo, Ascálafo, Deipiro, Meriónes y Antíloco, esforzados adalides, así dijo en palabras voladoras:

«¡Amigos! acudid á mi defensa;  
»porque, hallándome solo, mucho temo  
»al fuerte Enéas que en veloz corrida  
»contra mí se adelanta. Él es valiente,  
»y capaz de matar en la pelea  
»á muchos campeones; y se encuentra  
»en la flor de la edad, cuando los hombres  
»alcanzan mayor fuerza. Si la misma  
»fuera la edad de entrambos, y tuviese  
»yo tambien el valor de que animado  
»me siento ahora, glorioso triunfo  
»pronto el héroe troyano alcanzaria,  
»ó pronto yo la vida le quitara.»

Así les dijo, y animados todos del mismo ardor, á su defensa alegres corrieron; y embarazados los escudos, le rodearon. Por su parte, Enéas animaba sus fuertes compañeros, hácia París volviéndose y Deífobo, y el gallardo Agenor, que las legiones juntamente con él acaudillaban de los Troyanos, y á su voz siguieron las tropas. Como suelen las ovejas al carnero seguir cuando el arroyo van á beber desde el herboso prado en que pacían, y el pastor se goza; así el alma de Enéas en el pecho gozóse mucho al ver que le seguia escuadra de guerreros numerosa.

Y de Alcatoo llegados al cadáver, cuerpo á cuerpo trabaron la pelea con luengas hastas; y hórrido crujia en torno al pecho el sonoro bronce, al repetido golpe de los dardos que con pujanza mucha se lanzaban los Griegos y Troyanos. Entre todos, los que con más ardor apetecian despedazarse con agudo bronce eran los dos primeros capitanes, Enéas y el cretense Idomeneo, en el valor á Marte parecidos. Y Enéas fué el primero que su lanza

al Aquivo tiró; pero en el aire viéndola éste venir, evitó el golpe; y del Troyano la acerada pica clavándose en la arena, inútilmente saltó ligera de su fuerte mano. Vibró despues la suya Idomeneo, y de Enomao la clavó en el vientre; y rompiendo la cóncava loriga, en las entrañas penetró la punta; y en el polvo caido, con la mano asió la tierra al espirar el Teucro. Sacó su larga pica del cadáver diligente el Aquivo; mas no pudo de los hombros quitarle la armadura, porque de todas partes le tiraban sus luengas jabalinas los Troyanos.

Y no siendo bastante poderosos sus piés para correr con ligereza, ó ya quisiese recobrar su lanza si de nuevo otra vez la despedia, ó ya esquivar la que sobre él viniese; á pié firme y parado, se libraba de la muerte. Salirse del combate retrocediendo en rápida carrera tampoco le era dado; y lentamente comenzó á retirarse. Deífobo, que irritado con él estaba mucho, su lanza le tiró; y errado el golpe, el penetrante hierro al infelice hijo de Marte, Ascálafo, en el hombro hizo mortal herida. Cayó en tierra; y moribundo, con la fuerte mano apretaba la arena. El fiero Marte no supo entónces que en la lid terrible cayera muerto el hijo; porque estaba bajo doradas nubes asentado del Olimpo en la cumbre y detenido, como los otros Dioses inmortales, por mandato de Jove; que en la guerra les prohibia intervenir ahora.

Sangrienta lid se comenzó de nuevo en derredor de Ascálafo, y Deífobo el morrion le arrebató brillante; pero sobre él saltando Meriónes, en el brazo le hirió. Cayó en la arena el ferreo morrion, y ronco ruido hizo al caer; y el bravo Meriónes, cual ligero alcotan, saltó de nuevo sobre el Troyano, y la robusta lanza de su brazo sacó, y hácia los suyos



retrocedió veloz. A Deífobo, cruzándole los brazos por el cuerpo, del bélico tumulto y la pelea sacó Polites, su uterino hermano, hasta donde tenía sus bridones; que léjos del combate detenidos, con el brillante carro y el auriga estaban. Y subido ya en el carro, y hácia los muros caminando triste, dolorosos suspiros de su pecho frecuentes despedía y se quejaba, y del herido brazo mucha sangre vertía sin cesar; pero entre tanto peleaban los otros escuadrones, con inmenso clamor y vocería.

Y acometiendo Enéas á Afareo, hijo de Caletor, que valeroso hácia él venía en arrogantes pasos, le hirió en el cuello con su aguda lanza. Inclínose del Griego la cabeza al otro lado; y el enorme escudo, que del cuello pendía, el movimiento siguió de la cabeza. Y en el polvo caído el héroe, en repetidos saltos rodó por tierra el morrión vacío; y la muerte, que el ánimo divide de los miembros, en torno derramada fué del Aquivo. Antíloco, observando que Toon para huir vuelta la espalda empezaba á correr, saltó ligero sobre él. Y con su lanza la armadura y el cuerpo le pasó, y en larga herida la vena le cortó que se dilata por todo el lomo y hasta el cuello sube. Y cayendo de cara sobre el polvo el campeón, en vano á sus amigos ambas manos tendía. Acudió alegre Antíloco, y las armas de los hombros le desató, mirando precavido ántes en derredor: y los Troyanos, unos por una parte, otros por otra, en torno le cercaron, y valientes la anchurosa rodela, que ligero él oponía por cualquiera lado que intentaban herirle, con sus picas sin cesar golpeaban. Pero nunca adentro penetrar y del Aquivo la tierna carne rasguñar pudieron; que Neptuno de Néstor defendía al hijo, y de los dardos le libraba.

Así, el héroe jamás del enemigo se alejaba; y en medio de sus filas penetrando animoso, ni un instante ociosa estaba su terrible lanza; que blandiéndola siempre, á todos lados la volvía dudando si de léjos mejor era arrojarla, ó desde cerca acometer. En tanto que dudoso él meditaba lo que hacer debía, de Asio el hijo, Adamante, entre la turba le divisó. Y de cerca arremetiendo, en medio del escudo con su lanza le dió furioso golpe; mas Neptuno, rompiendo el asta, le negó la vida quitar al héroe, y se quedó clavada la mitad del astil en el escudo cual tizon aguzado por el fuego; y en el polvo, del resto separada, cayó la otra mitad. Volvió el Troyano la espalda para huir y de los suyos ocultarse en las filas, y la muerte evitar. Pero vióle Meriónes retirarse; y lanzándole su pica, en el vientre le hirió, do peligrosas son las heridas que el agudo hierro suele hacer á los míseros mortales.

Clavada allí la pica, y en la arena Adamante caído, se agitaba en torno del astil, como se agita un toro si á la fuerza los pastores con retorcidas cuerdas le han atado en el monte, y al valle le conducen á su pesar. Así, viéndose herido, Adamante furioso se agitaba por algunos instantes, pero largo no fué su padecer; que Meriónes, acercándose á él, la aguda lanza de su cuerpo sacó, y oscura sombra cubrió sus ojos. Entretanto, Heleno á Deipiro en la sien terrible tajo tiró de cerca con la gran cuchilla que de bronce finísimo le hiciera artífice traciano y honda raja hizo en el morrión, que á la violencia del golpe sacudido cayó al suelo: y uno de los donceles, que inmediato estaba y á sus piés venir le viera rodando, le tomó, y á Deipiro cubrió los ojos tenebrosa noche.

Alto dolor, cuando le vió en la arena,

por su muerte sintiendo Menelao, se adelantó con pasos presurosos contra el valiente capitán Heleno; y blandiendo su lanza, con la vista le amenazaba ya. Vióle el Troyano y la ballesta armó, y al mismo tiempo dispararon. El Griego deseaba con la pica matar á su enemigo, y Heleno con la flecha despedida del arco atravesar á Menelao: y tan bien la asestó, que sobre el pecho en medio de la cóncava loriga del Aquivo cayó, más rechazada fué por el duro bronce. Como suelen por el estío en anchurosas eras, al soplo de los vientos sonorosos y del aventador al firme empuje, saltar del bieldo las negruzcas habas, ó los duros garbanzos; así entónces, del peto del valiente Menelao rechazada la flecha matadora, á lo léjos voló; pero el Atrida al mismo tiempo con su aguda lanza al valeroso capitán Heleno hirió también la mano en que tenía el ballestón enorme. A la otra parte apareció la punta, y presurosa se clavó la ballesta; y el Troyano, para evitar la muerte, á sus escuadras retrocedió veloz. La mano izquierda cosida con el arco, por el suelo arrastrando tras sí la lengua pica llevaba del Aquivo; y ya llegado Deífobo al escuadrón de sus guerreros, se la sacó Agenor; y con destreza la mano en torno le vendó con honda que su escudero le alargó, tejida de las ovejas con flexible lana.

Viólo Pisandro, y en veloz carrera marchó contra el Aquivo, que orgulloso de su triunfo gozaba. Hado siniestro al infeliz llevaba á que muriese por tu diestra vencido, oh Menelao, en terrible combate. Cuando cerca estuvieron los dos, sus largas picas vibraron animosos; pero el golpe errando el Griego, su robusta lanza por el lado pasó del enemigo sin herirle. Pisandro con la suya al broquel acertó de Menelao,

pero no pudo atravesar el bronce que le cubría; y resistiendo firme el poderoso escudo, por el asta la pica se rompió. Cuando el Troyano la vió clavarse en medio del escudo, mucho en el alma se alegró, y creía la victoria alcanzar; pero el Aquivo, sacando pronto la tajante espada, acometió á Pisandro. Defendido éste de su rodela, alzó del suelo una hacha de dos filos reluciente y muy cortante, y de silvestre olivo en largo y terso astil asegurada, y al mismo tiempo furibundo golpe descargaron los dos. En la cimera del almete, y al pié de la garzota, acertó á dar el Teucro á Menelao; y el Aquivo, por medio de la frente, entre las cejas le clavó la punta de la espada. Y los huesos rechinaron, y ambos ojos cayeron en la arena á sus piés, en la roja sangre tintos; y en tierra derribado, en dolorosa contorsion se agitaba. Menelao, sobre su pecho la robusta planta fijando, de los hombros la armadura le quitó, y jactancioso le decía:

«Así, por fin, de los valientes Griegos  
»las naves dejareis, oh violadores  
»de la pública fe, por más ganosos  
»que esteis de pelear. No está vengada  
»todavía la afrenta, viles perros,  
»que hicisteis á mi honor sin que temierais  
»de Júpiter tonante, que los fueros  
»de la hospitalidad defiende santos  
»y arruinará vuestra ciudad en día,  
»la terrible venganza. Y no contentos  
»con haberme robado, sin que nunca  
»yo os hubiese ofendido, mis riquezas  
»y hasta la dulce esposa que en su alcázar  
»os recibió benigna, los navíos  
»con fuego abrasador quereis ahora  
»arder, y degollar á los Aqueos.  
»Mas, á pesar de la impotente rabia  
»de que estais agitados, muy en breve  
»tendreis que renunciar á la pelea.  
»¡Oh padre Jove! reconocen todos  
»que á las otras Deidades y á los hombres  
»en prudencia y saber excedes mucho,  
»pero de tí estos daños han venido;



»porque así favoreces á una gente  
 »que en la injusticia se complace solo,  
 »y no sabe vivir sino en la guerra  
 »que todos aborrecen. A saciarse  
 »llega el hombre de todo, hasta del sueño,  
 »del dulce amor, del canto delicioso,  
 »y de la alegre danza, y son placeres  
 »gratos al hombre, aunque valiente sea,  
 »más que las lides; y saciados nunca  
 »á los Troyanos de batallas vemos.»

Así dijo: y las armas de los hombros de Pisandro arrancó, y á sus donceles las dió porque á sus naos las llevaran; y entrándose de nuevo en la pelea, al frente se mostró de su falange. El primero de todos los Troyanos que á pelear salió con el Aquivo, fué el jóven Harpalion, fuerte guerrero, hijo del Rey Pilémenes, que á Troya, queriendo hallarse en tan famosa guerra, viniera con su padre, y á su patria no debía volver. El infelice acometió al Atrida, y del escudo en el centro le dió fuerte lanzada; mas, no pudiendo atravesar el bronce, á su escuadron para evitar la muerte retrocedió, mirando precavido en derredor si con aguda pica á herirle se acercaba algun Aqueo. Disparóle una flecha Meriões, viéndole huir; y la acerada punta, por el muslo derecho atravesando, vino á salir en la raíz del vientre. Harpalion, en la arena de rodillas caído habiendo y suspirando triste, en manos de sus fieles compañeros espiró; y extendido sobre el polvo cual gusano quedó, purpúrea sangre de la herida vertiendo que la arena humedeció. Los fuertes Paflagones en torno le cercaban, y en su carro colocando el cadáver, afligidos á Troya le llevaron; mas el padre no le seguía, lágrimas vertiendo, y ni del hijo la temprana muerte pudo vengar; porque tambien muriera.

Viendo al jóven caer, ira terrible se apoderó de Páris, porque huésped entre los numerosos Paflagones era suyo; y de cólera inflamado,

lanzó para vengarle una saeta. Hubo entre los Aqueos un caudillo hijo de Poliido el agorero, y Euquenor se llamaba, y poderoso era mucho en riqueza, y de Corinto habitador. Y aunque á saber llegara el destino fatal que preparado las Parcas le tenían, en las naves se embarcó de la Grecia. Cuando jóven él era aún, su padre muchas veces le dijo que en su casa moriria de enfermedad penosa, ó de los Griegos al pié de los bajeles por la flecha de algun Troyano herido; mas el triste, deseando evitar que le llamaran cobarde los Aquivos, y en su lecho para no padecer graves dolores en larga enfermedad, á Troya vino. Y ahora Páris le clavó su flecha por bajo del oido y la quijada; y el alma pronto abandonando el cuerpo, horrenda oscuridad cercó sus ojos.

Así, cual fuego ardiente peleaban animosos los Griegos y Troyanos sin que Héctor conociese todavía, ni á sus oidos el rumor llegara, que á la izquierda del campo sus legiones eran por los Aqueos destruidas. Y si él á socorrerlas no acudiera, prontamente los Griegos la victoria hubieran alcanzado: tanto brío les infundió Neptuno, y tan valiente él mismo en su defensa combatía. Mas Héctor entretanto, por la parte en que asaltado el muro y derribada la puerta las falanges de los Griegos el primero rompiera, sostenia la lid aún. Allí de los Ayaces y de Protesilao los bajeles, del espumoso mar en la ribera, habian sido puestos, y muy bajo era el muro que en torno lo cercaba, porque muy esforzados los guerreros y poderosos eran los caballos que acampaban allí. Los de Beocia, los Yaones de larga vestidura, los Locros, y los Phtios, y los fuertes Epeos, las escuadras componian que á esta parte del muro peleaban. Y aunque valientes, consiguieron solo

impedir que llegara hasta las naves Héctor, que furibundo acometía semejante á la llama abrasadora, y léjos de su escuadra rechazarle no pudieron. Allí en primera fila estaban los ardidos Atenienses por su animoso Príncipe guiados, el claro Menesteo, á quien seguian Fidas, Estiquio y el feroz Biante. Mandaban la legion de los Epeos Méges, Anfion y el valeroso Draquio, y de todos los Phtios eran jefes Medonte y el magnánimo Podárces. Hijo bastardo del valiente Oileo era Medonte, y como tal hermano de Ajax; y léjos del país nativo, en Filace habitaba, porque muerte á un hombre dió que de la linda jóven Eriopis era hermano, su madrastra. El valiente Podárces por Ificlo fuera engendrado, el hijo de Filáces. Y al frente de los Phtios valerosos ambos en la defensa de las naos, junto con los Beocios, combatían; y Ajax de Oileo ni un instante solo de Telamon al hijo abandonaba.

Cual dos negros novillos del arado unidos tiran en noval profundo la torva frente de sudor bañada, y solo el terso yugo los divide, y miéntras por los surcos lentamente ellos caminan, la aguzada reja el duro suelo rompe; tan cercanos estaban los Ayaces. Numerosa escuadra de aguerridos combatientes de Telamon al hijo acompañaba; y alternando por veces, el enorme escudo le tomaban si, cansado de combatir el héroe, la fatiga y el sudor al descanso le obligaban. Mas al hijo magnánimo de Oileo no seguian sus Locros, porque nunca grato les era combatir parados; y ni yelmos tenían reformidos de luciente metal y con las crines empenachados de alazan brioso, ni escudos circulares, ni de fresno gruesas y largas picas. Y á su jefe á Troya acompañaran confiados en sus ballestas, y hondas retorcidas

que con lana de ovejas fabricaban; y en las lides con ellas á los Teucros muchas y enormes piedras arrojando, sus espesas falanges destruian. Aquellos, pues, de frente y defendidos de fuertes armaduras, peleaban con Héctor sin cesar y con su gente; y por detrás y ocultos, desde léjos los Locros con sus flechas voladoras los herian; y pronto los Troyanos suspendieron la lid, porque las flechas en confuso desórden los ponian. Y entónces de las tiendas y las naves vuelto hubieran á Troya derrotados si acercándose á Héctor no le hubiese hablado así el augur Polidamante.

«¡Héctor! ¿será posible que algun dia escuches de los otros el consejo?  
 »¿Acaso porque Dios te ha concedido sobresalir en hechos militares, quieres tambien aventajar á todos en prudencia? No es fácil que reunas todas las prendas tú. Concede el cielo á uno pujanza en la marcial pelea, y á otro pericia en las alegres danzas; á este destreza en el tañer la lira y en el cantar, y á aquel prudencia suma, á muchos provechosa, y las ciudades salva con ella, y su valor conoce sólo aquel que la tiene. Así yo ahora te diré lo que entiendo y me parece más acertado. El fuego de la guerra arde en torno de tí por todas partes, y de los valerosos campeones de Troya que pasaron la muralla, los unos con sus armas se retiran, y los otros sostienen el combate en desigual batalla, porque pocos son contra muchos Griegos, y esparcidos están y separados en las naves. Así, tú retrocede y á este puesto convoca los más fuertes adalides, y aquí deliberemos si conviene acometer á las aquivas naos, para ver si propicio la victoria. Júpiter nos concede, ó si volvernos debiéramos á Troya, ántes que daño se reciba mayor. Recelo mucho que hoy nos paguen la deuda los Aquivos; que ocioso está en las naves un guerrero



»incansable en la lid, y yo presagio  
»que ya por largo tiempo de la guerra  
»no estará retirado.» Así decía  
Polidamente; y el consejo suyo  
á Héctor fué grato, y en templadas voces  
con él hablando, cariñoso dijo:

«¡ Polidamante! aquí deten ahora  
»tú á los más valerosos capitanes;  
»yo al ala izquierda voy, y en la pelea  
»allí tomaré parte; y cuando hubiere  
»puesto en órden las haces, presuroso  
»tornaré aquí otra vez.» Así decía  
Héctor; y erguido cual nevado monte,  
y horribles voces dando, por las filas  
volaba de los Teucros y auxiliares.  
Y todos los más fuertes adalides  
al escuchar su voz se reunieron  
en torno del augur Polidamante,  
hijo de Pantoó, que en las batallas  
tambien sabía pelear valiente.

Héctor iba buscando á Deífobo,  
al esforzado capitán Heleno,  
á Adamante, y al hijo del valiente  
Hirtacio, y las hileras recorría  
del primer escuadrón por si encontrarlos  
podía; pero ya ninguno de ellos  
vivo estaba, ó ileso. Ya los unos  
al pié de los bajeles, por la mano  
de los Griegos vencidos y del alma  
despojados, yacían; y los otros  
heridos, quién de léjos quien de cerca,  
y á los muros de Troya retirados,  
la lid abandonarían. Mas habiendo  
á París encontrado, que á los suyos  
animaba á que firmes peleasen,  
así le dijo en injuriosas voces:

«¡ Funesto París, por la granbelleza  
»célébré solo y á mujeres dado!  
»¡ pérfido! ¡ seductor! ¿ qué es lo que hiciste  
»de tu hermano Deífobo, qué de Heleno,  
»qué de Adamante, qué del animoso  
»hijo de Hirtacio, qué de Otríoneo?  
»Hoy es el día en que la excelsa Troya  
»arruinada será, y á tí segura  
»tambien te espera dolorosa muerte.»

Y París respondió: «Ya que tú quieras  
»sin motivo culparme, acaso pude  
»otras veces mostrar en las batallas  
»ardimiento menor, aunque del todo  
»cobarde no nací. Mas este día,

»desde que tú en las naos la pelea  
»á la frente empezaste de los Teucros,  
»nosotros combatiendo á los Aquivos  
»aquí estamos. Los fuertes adalides  
»por quien preguntas perecieron todos,  
»y Deífobo y Heleno solamente  
»se han retirado, aunque de lanza heridos  
»en la mano los dos; que de la muerte  
»los ha librado el hijo de Saturno.  
»Pero guíanos tú donde te inspire  
»tu ardido corazón; que á donde vayas  
»nosotros seguiremos presurosos,  
»y el heroico valor que nos anima  
»tú verás en la lid mientras las fuerzas  
»nos asistan. Y nadie está obligado  
»á hacer, aunque animoso lo procure,  
»más de lo que sus fuerzas le permiten.»

Y con estas palabras, de su hermano  
la cólera aplacó, y ambos unidos  
al paraje marcharon en que había  
mayor peligro y de la guerra el fuego  
con más furor ardia; donde estaban  
Cebríon, el augur Polidamante,  
Fálces, Orteo, el claro Polifétes,  
Pálmis, Ascanio y Mórís, hijos ambos  
de Hipotíon. Vinieran estos héroes  
de la fértil Ascania aquellos días  
el vacío á llenar de los guerreros  
que habían perecido en las batallas,  
y Júpiter entonces al combate  
los enviara él mismo. Cual descende  
de rápido huracán el torbellino,  
que del trueno de Jove acompañado  
sobre tendida playa impetuoso  
se precipita y con inmenso ruido  
el piélagos conmueve y se levantan  
del resonante mar las crespas olas  
cual montañas de espuma, y alternando  
con igual movimiento, se suceden  
las unas á las otras; así entónces  
en numerosa escuadra los Troyanos,  
uno en pos de otro y apiñados, iban  
detrás de sus caudillos. A su frente  
Héctor, hijo de Príamo, marchaba,  
al furibundo Marte parecido;  
y delante del pecho la rodela  
de durísimas pieles fabricada  
y con espesa lámina de bronce  
refornida llevaba, y de las sienas  
en derredor el relumbrante yelmo

retemblaba. Y queriendo la falange  
de los Griegos romper, acometía  
por una y otra parte, defendido  
con el escudo enorme, y esperaba  
que en fuga se pondrían. Más no pudo  
el ánimo turbar de los Aquivos;  
que Ajax de Telamón á grandes pasos  
á encontrarle salió, y así el primero  
le provoca á singular pelea:

«Ven más cerca de mí. ¿Por qué á los  
»quieres intimidar con amenazas? [Griegos  
»No somos en la guerra tan noveles;  
»de Júpiter tonante el duro azote  
»es el que nos aflige. Si tú esperas  
»las naves incendiar, también nosotros  
»manos tenemos poderosas muchas  
»que tu furor contengan, y primero  
»por nosotros tomada y destruida  
»vuestra ciudad será tan populosa.  
»Y cercano tú mismo, te lo anuncio,  
»ya tienes el momento en que, obligado  
»á la fuga, á los otros inmortales  
»y al pobre Jove rogarás humilde  
»que tus caballos al ondoso viento  
»suelta la hermosa crin corran veloces  
»más que vuelan ligeros los milanos,  
»y que á Troya, te lleven, densa nube  
»de polvo levantando en la llanura.»

Al decir estas últimas palabras,  
por encima pasó de su cabeza  
hacia el lado derecho, vagarosa,  
el águila que vuela en las alturas,

y de los Dánaos exclamó la hueste  
con la fausta señal cobrando aliento;  
pero sin perturbarse, al desafío  
así del Griego respondió el Troyano:

«¡ Lenguaraz fanfarrón! ¿ qué pronunciaste?  
»Ojalá que yo fuera hijo de Jove  
»y eterno, y que mi madre hubiera sido  
»la augusta Juno, y venerado fuese  
»cual Apolo y Minerva, como es cierto  
»que este día fatal á los Aquivos  
»ha de ser, y tú mismo entre sus filas  
»quedarás muerto si á esperar te atreves  
»el bote de mi lanza; que su punta  
»de tu cuerpo la carne delicada  
»hará menudos trozos, y en las naves  
»de los Dánaos tendido, de alimento  
»á los perros carnívoros de Troya  
»servirás y á las aves de rapiña.»

Dijo, y marchó adelante, y le siguieron  
con inmenso clamor los escuadrones,  
repetiendo las últimas hileras  
la confusa algazara y vocería.

Y también por su parte los Aquivos  
grande clamor alzaron, ni cobardes  
de su antiguo valor ya se olvidaban;  
que firmes esperaron en su puesto  
de los más afamados campeones  
troyanos al embate poderoso;  
y el eco de las voces resonante  
de ambas escuadras penetró hasta el éter  
y la mansion de Jove luminosa.